

P. Aquaviva, pero sería repetir lo dicho, y solamente queremos hacer una observación, que nos parece importante, para apreciar en conjunto el gobierno religioso de la Compañía en aquellos tiempos. La observación es que ningún superior de entonces sabemos que cometiese, no ya culpas graves (esto se da por entendido), pero ni siquiera faltas notables por alguna pasión desordenada. Si erraron algunos de ellos, fué más bien por equivocación del entendimiento que por malicia de corazón. Alguno por cortedad de talento; otro por creer insuperables ciertas dificultades; otro por estimar que sería mejor camino para llegar a un buen fin; éste por extremar algún principio bueno; el otro por no esperar las órdenes de Roma, creyendo que era indispensable poner manos a la obra; todos, en fin, si cometen algún desacierto, lo cometen por error intelectual y no por ninguna pasión desordenada. Por el contrario, es de ver la buena intención con que todos buscan con sinceridad la mayor gloria de Dios y la paciencia con que saben callarse y sufrir a sus súbditos; la templanza con que procuran armonizar a los discordes y la serenidad de juicio, con que observan generalmente lo que conviene hacer para la mayor gloria divina. Entre los superiores de entonces aparecen algunos hombres, que ni descuellan por alguna prenda sobresaliente ni desmerecen por ningún defecto notable. Siempre celosos del bien, siempre moderados en su modo de proceder; rectos y justos en sus intenciones, sin ningún acto que desentone de lo regular y prudente, corre el gobierno de ciertos superiores por el camino regular, sin que decline a la diestra ni a la siniestra, y haciendo siempre buenamente lo que entienden será oportuno para la mayor gloria de Dios. De estas consideraciones se podrá inferir que es verdad lo que algunas personas prudentes de fuera de la Compañía notan ahora y han notado siempre en nuestra Orden; a saber: que lo más santo de la Compañía de Jesús es el gobierno de los superiores.

CAPÍTULO II

EL CUERPO DE LA COMPAÑÍA

SUMARIO: 1. Número de domicilios y de sujetos a la muerte del P. Aquaviva.—2. Héroe sin historia.—3. Héroe por un lado, hombres por otro.—4. Héroe en los peligros.—5. Héroe habituales en los trabajos apostólicos.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae Generalium*.—2. *Epistolae Hispaniae*.—3. *Litterae annuae*.—4. Porres, *Historia del Colegio de Madrid*.—5. Roa, *Historia de la provincia de Andalucía*.—6. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—7. Rivas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe*.—8. *Catálogo de la Compañía en 1616*.

1. Como ya lo hicimos notar en el tomo anterior, al fin del cuarto generalato, la Compañía iba creciendo felizmente en el número de sujetos y asentando poco á poco las fundaciones de nuevos domicilios. Esta marcha progresiva continuó sin cesar en el generalato del P. Aquaviva. Para conocer el término adonde se llegó, tenemos un documento excelente, cual es el catálogo de toda la Compañía en 1616, publicado por el P. Jouvancy en su Historia (1). Por este catálogo sabemos que la provincia de Aragón poseía entonces los domicilios siguientes: en Valencia, casa profesa y colegio, y asimismo colegios en las ciudades de Barcelona, Zaragoza, Palma de Mallorca, Gerona, Gandía, Calatayud, Tarazona, Urgel, Huesca, Lérida y Perpiñán. En Tarragona se hallaba establecido el noviciado de la provincia. En todos estos domicilios se contaba un total de 390 individuos.

La provincia de Castilla era la más numerosa de España, así en casas como en sujetos. En Valladolid teníamos casa profesa y dos colegios, el antiguo, fundado en tiempo de San Ignacio, y el seminario de los ingleses. En Salamanca había otros dos, el colegio antiguo y otro seminario de irlandeses. La casa de probación estaba en el célebre pueblo de Villagarcía. También había otro colegio de irlandeses en Santiago y una pobre residencia en Azcoitia. Fuera de estos domicilios, funcionaban con toda regularidad los colegios

(1) Hállase entre los apéndices del libro XV, pág. 351.

de Burgos, Medina del Campo, Segovia, Ávila, Palencia, Pamplona, León, Logroño, Oviedo, Soria, Santander, Monterrey, Monforte, Arévalo, Vergara, Tudela, Bilbao, Bellimar y Villafranca. El número total de individuos llegaba a 613.

La provincia de Toledo, que a los principios había sido la más numerosa de España, se había quedado un poco atrás en el quinto generalato. Contaba con una casa profesa en Toledo, un noviciado en Madrid y otro en Villarejo y dos residencias de poca importancia: la de Navalcarnero y la de Jesús del Monte, que más bien pudiera llamarse casa de campo del colegio de Alcalá. Los colegios que sostenía esta provincia, eran los de Toledo, Madrid, Alcalá, Ocaña, Plasencia, Cuenca, Belmonte, Murcia, Caravaca, Segura, Huete, Talavera, Oropesa, Almagro, San Clemente y Almonacid. El número total de individuos llegaba a 570.

La provincia de Andalucía, algo pobre en los tres primeros generalatos, había crecido felizmente en los tiempos de Aquaviva, y en este catálogo se enumeran los domicilios siguientes: sólo en Sevilla, cinco, que eran: la casa profesa, el noviciado, el colegio llamado de San Hermenegildo, el colegio de ingleses y otro colegio pequeño para repetir los estudios. En Baeza existía también casa de probación, y una residencia en Jaén. Fuera de esto, continuaban felizmente los colegios de Trigueros, Cádiz, Marchena, Córdoba, Granada, Baeza, Málaga, Jerez, Cazorla, Úbeda, Écija, Guadix, Fregenal, Montilla, Antequera, Osuna y Andújar. El número total de individuos ascendía a 600.

En el Nuevo Mundo iba extendiéndose poco á poco la Compañía, aunque siempre se tropezó con la dificultad de no hallar bastantes vocaciones entre los nacidos en el país; circunstancia no difícil de entender, si se tiene en cuenta la escasa población española que todavía formaba esas que ahora son grandes ciudades del Nuevo Mundo.

La provincia de Méjico tenía casa profesa en la capital y además los colegios del mismo Méjico, de Oajaca, Guadalajara, Puebla, Valladolid, Pázuaro, Tepozotlán, Guatemala, Zacatecas y Mérida. Y deben añadirse las residencias de Veracruz, Zacatecas y las Misiones de Cinaloa. El número de sujetos a la muerte de Aquaviva era de 340.

La provincia de Filipinas contaba con unos 100 sujetos repartidos en los colegios de Manila y de Cebú, en el noviciado de San Pebro y en las residencias ó Misiones de Antipolo, Taitai, Bool, Dulac, Carigara y Tinagón.

La provincia del Perú llegó á poseer en el quinto generalato hasta 370 sujetos, y sus domicilios eran: en Lima, el colegio, el noviciado, el seminario de San Martín y la residencia de Santiago, llamada vulgarmente el Cercado. Además funcionaban los colegios de Cuzco, Potosí, Chuquisaca, La Paz, Huamanga y Quito. A ellos deben añadirse las residencias de Juli, Santa Cruz y Oruro.

La provincia incipiente del Paraguay se hallaba distribuída en los colegios de Santiago de Chile, Asunción, Córdoba, San Miguel de Tucumán, Concepción, Mendoza y Santa Fe, con las residencias de Buenos Aires y Santiago del Estero. Sólo se contaban en esta provincia 116 sujetos.

Por último, la más moderna de nuestras provincias era la del Nuevo Reino, que sólo contaba un colegio en Santa Fe de Bogotá y otro en Cartagena, con el seminario de San Bartolomé, en la misma capital, el noviciado en Tunja y las residencias de Panamá y Cajica, llegando sus individuos, al fin del quinto generalato, á un centenar poco más o menos.

Resulta, pues, que toda la Compañía española tenía entonces unos ciento treinta domicilios en España y sus Indias; aunque es algo difícil precisar este número, porque algunas llamadas residencias eran Misiones algo inciertas, que subsistieron de paso o se mudaron a otras partes o se reunieron, formando de dos una. El número de los jesuitas españoles, según el mismo catálogo, ascendía a 3.199, y como al fin del cuarto generalato era de mil seiscientos y tantos, infiérese por resultado final, que en tiempo del P. Aquaviva la Asistencia de España vino a duplicar el número de los sujetos. De los 3.200 que la formaban, las dos terceras partes, residían en la Metrópoli y los restantes, en Ultramar.

2. Entre este número de celosos operarios que cultivaban la viña del Señor, permítasenos llamar primeramente la atención sobre muchos hombres casi anónimos, a quienes llamamos héroes sin historia. Tal nombre merecen muchos religiosos que constantemente desempeñaron el mismo oficio, y, sin queja de nadie, en silencio y esperanza, con abnegación y modestia, perseveraron trabajando por el bien de las almas, con un género de vida poço honroso a los ojos de los hombres, pero estimadísimo sin duda en la presencia de Dios. Lo que se ejecuta según las reglas y siguiendo el paso normal de los estatutos, no suele llamar la atención, y, por consiguiente, no tiene historia, pues explicadas las acciones de un mes o de un año, están dichas todas las que el hombre ejecutó en el resto de su vida. Sin

embargo, ¡cuán noble debe parecer la obra de estos héroes, y cuán preciosa a los ojos del Padre celestial, que ve las cosas *in abscondito*, como dice nuestro Salvador! El P. Juan Bonifacio no tuvo otro oficio en toda su vida que el de enseñar gramática, y en este humilde ministerio perseveró más de cuarenta años. Sólo varió el domicilio, pero no el género de vida, pues siempre hizo lo mismo, ya en Valladolid, ya en Ávila, ya en Villagarcía.

El P. Gaspar Sánchez, el de Cascante, desempeñó el mismo cargo por treinta y dos años continuos. El célebre humanista Luis de la Cerda llegó a enseñar letras humanas cerca de cincuenta años, desde fines del siglo XVI hasta casi el año 1640. El eximio doctor Francisco Suárez desempeñó la cátedra de teología, exceptuando algunas breves interrupciones, por espacio de cuarenta y cinco años. Fué ciertamente conocido y tiene historia muy insigne, pero esta historia la debió a la publicación de sus libros, no a la faena monótona y cansada de su constante magisterio.

Entre estos humildes operarios, nos parece oportuno consagrar un breve recuerdo al P. Francisco Pérez de Nájera, quien alcanzó cierta nombradía en nuestra historia por la circunstancia particular de su extraordinaria longevidad. Había entrado en la Compañía en 1576, siendo ya sacerdote, de cincuenta y siete años. Viéndole ya hombre espiritual y de edad tan provecha, le dedicaron desde luego nuestros superiores al trabajo de misionar por las aldeas. Algún tiempo después, juzgando quizás que este ministerio sería demasiado violento para un anciano, le pusieron a enseñar primeras letras en el colegio de Valladolid, y avanzando en la edad, le dejaron, por fin, con sólo el cargo de confesar a los pobrecitos que acudían a nuestra iglesia. Por último, el año 1613, viéndole ya de noventa y cuatro años y juzgando inminente su último fin, le mandaron dejar el confesonario y retirarse a descansar para prepararse a morir. Obedeció el humilde Padre, pero los superiores se engañaron un poco en la cuenta. El santo viejo tardó todavía diez años en morir, y, por fin, expiró en 1623, a los ciento y cuatro de su edad. Había servido a la Compañía cerca de cuarenta en los humildes oficios de misionero rural, maestro de escuela y confesor de pobrecitos (1).

A este género de héroes debemos referir varios Hermanos coad-

(1) Todas estas noticias las tomamos de la carta de defunción que se escribió a morir el P. Nájera. Hace mención de este Padre nuestro historiador Cordara al referir su muerte en 1623, Vid. *Hist. S. J.*, P. VI, l. VIII, n. 89.

jutores que, con la modestia y humildad de su estado, desempeñaron en silencio largos años los mismos oficios. El H. Francisco Moreno fué maestro de escuela por más de treinta años en Ávila, Caravaca, Segura y otros colegios. Al lado de los misioneros y de otros Padres ilustres, solía andar de ordinario algún Hermano coadjutor, cuyo nombre sólo suena cuando se cita el del Padre a quien acompañaba; pero con todo este silencio merecía, sin duda, muchísimo delante de Dios por el trabajo que se tomaba en servir a los operarios y aliviarles en las penalidades de su oficio. Bien pudiéramos contar entre estos Hermanos al más ilustre de nuestros coadjutores, a San Alonso Rodríguez. En el colegio de Malloreca pasó gran parte de su vida religiosa, y por más de treinta años nunca varió de oficio, desempeñando siempre el de portero. He tenido curiosidad algunas veces de observar si en las cartas y escritos que conservamos del tiempo del P. Aquaviva se hace mención de nuestro glorioso santo, y sólo he descubierto estas dos brevísimas indicaciones. En el catálogo de 1574: al poner el nombre de Alonso Rodríguez, se añade: «Es muy ejemplar.» En la visita del P. Marcén, hecha en 1597, en el informe sobre los sujetos de la provincia de Aragón, leemos en el número 210, «Hermano Alonso Rodríguez: corta salud, ha tenido varios oficios; es muy buen religioso.» A esto se reduce lo que nos dicen los papeles de aquel tiempo. Lo que sabemos del santo se escribió, principalmente a la hora de su muerte, el año 1617, y se dedujo de los apuntes espirituales y de las relaciones que él mismo escribió por mandato de sus confesores. Pero todos estos escritos se guardaban bajo llave mientras vivió su humilde autor.

Este mérito de trabajar en silencio y con modestia y constancia, se debe admirar más en algunos misioneros, cuyos oficios eran, naturalmente, más penosos. El P. Diego de Torres Rubio (1) había pasado a las Indias en 1579, y en ellas perseveró cincuenta y nueve años, hasta que, ya nonagenario, expiró en 1638. La mayor parte de este tiempo lo pasó en Chuquisaca, ocupado con los indios, y también entretenido en enseñar la lengua indígena de aquellos países a los jesuitas y clérigos seculares que deseaban aprenderla. El P. Juan Rogel, enviado a las Indias en 1566, trabajó constantemente, primero en la Florida, y después en varias ciudades de la Nueva España, hasta que expiró, nonagenario, en 1618. ¡Cincuenta y dos años de

(1) No se confunda a este Padre con el célebre Provincial del Paraguay, Diego de Torres Bollo.

incesante trabajo! Y adviértase que lo ejecutó principalmente en el puerto de Veracruz, que era el sitio menos apetecido de toda la provincia de Méjico, por los incómodos calores y clima no tan sano, que entonces, más que ahora, exponía a graves molestias. En el Cuzco expiró en 1611 un humilde Padre de Valladolid, llamado Gregorio de Cisneros, sobre cuya vida y ocupaciones nos dejó una relación afectuosa el P. Juan Sebastián, entonces Provincial del Perú. Oigamos a este testigo respetable:

«Murió este año [de 1611] en el colegio del Cuzco, a los 8 de Abril, el P. Gregorio de Cisneros, natural de Valladolid, en España, de edad de sesenta y cinco años y treinta y tres de Compañía, y en ella era coadjutor espiritual formado. Varón verdaderamente humilde y caritativo, en quien Dios Nuestro Señor enseñó a esta provincia cuál debe ser un fervoroso y celoso obrero de indios. Cinco años después de entrado, le puso la obediencia en el ministerio de ellos, con cargo de la cofradía de nuestro colegio del Cuzco, que es el crisol y centro de estos ministerios, la cual tuvo a su cargo veintiocho años continuos, porque ni él aspiraba a más, ni los superiores tenían más que desear para que ella y los ministerios de los indios estuviesen en este colegio en su punto. Nuestro Señor, que le puso en él, le dió raras partes para que lo hiciese con eminencia. La primera, una grande humildad, llaneza, afabilidad y caridad, con que trataba con los indios y atraía maravillosamente sus corazones a que perdiesen el miedo natural que nos tienen y se allegasen a descubrirle sus conciencias para que las remediase. La segunda, un singular dón de castidad, con el cual no sólo se conservó sin mancha tantos años *in medio nationis pravae et perversae*, sino con su circunspección y recato daba suave olor de edificación en esta materia. La tercera, un celo insaciable de traer almas a Dios, el cual le hacía tener, no sólo un perpetuo tesón en el confesonario y en los sermones y en los demás ministerios de la Compañía, sino inventando perpetuamente nuevas trazas y modos de atraer los corazones a Dios y meterlos en fervor. La cuarta, era una grande aplicación a los negozielos de estos pobres indios y a componer sus pleitos, con que les ganaba todas sus voluntades para atraerlos a Dios, nombrándolos por sus nombres, preguntándoles por sus casas y familias, y mostrando cuidado de ellos, como verdadero padre de sus almas.

»Pues el fruto que se siguió, ¿quién lo dirá? ¿Quién dirá las almas de indios e indias perdidos que convirtió; las confesiones generales que hizo; los amancebamientos que remedió, los adultos que bautizó,

los adoratorios que destruyó, los hechiceros que desterró, los pueblos enteros que enseñó, las enemistades que compuso, los pobres que sustentó y las cofradías que instituyó? Cosa es innumerable, que para declarar algo de ella era menester repetir lo que por tan largo discurso de tiempo ha ido en las anuas de este colegio, pues en gran parte se le deben» (1).

He aquí un modelo del misionero humilde y constante, que, sin ningún lucimiento a los ojos del mundo, había de conquistar innumerables almas a Dios y ganar méritos altísimos a los ojos de los verdaderamente santos y espirituales. No hay duda que muchos de estos hombres sin historia formarán en el cielo la aristocracia de la Compañía de Jesús.

3. Juzgamos conveniente juntar con estos hombres la memoria de algunos otros que realmente contrajeren méritos muy insignes para con la Iglesia y la Compañía, pero que, por otro lado, tuvieron ciertos contrapesos y atribularon a sus Hermanos por defectos que no supieron mortificar. En nuestras historias y menologios se ha reunido cuidadosamente lo bueno que estos Padres hicieron, pero se ha corrido un velo sobre sus faltas. De aquí es, que nos hemos formado de ellos una idea falsa. Justo, pues, nos parece decir entera la verdad, para que aprendamos cómo suelen ser muchas veces los hombres de verdadero mérito, y para que apreciemos, ni más ni menos de lo que son las acciones de algunos héroes ilustres, que no merecen olvido en nuestros anales, pero tampoco alabanzas sin restricciones.

Muchos elogios han tributado algunas historias nuestras al Padre Antonio Ibáñez, y en el tomo anterior hemos dado a conocer la visita que hizo en la provincia de Toledo (2). Era ciertamente hombre espiritual, recto, deseoso del bien de la Compañía, enérgico en su modo de proceder; pero con estas virtudes juntaba cierta dureza de carácter y algunos dictámenes no tan acertados acerca del gobierno de nuestra Compañía. Ya insinuamos que no gustaba de las Congregaciones Marianas, y por eso el P. Mercurián le hubo de advertir seriamente, que fomentase la Congregación de nuestro colegio de Madrid. Cuando terminó su provincialato de Aragón, en 1584, el P. Aquaviva no le dió cargo importante de gobierno, y seis años después, durante la visita del P. Acosta, habiéndole propuesto este Visitador entre los

(1) *Peruana. Litt. annuae*, 1611.

(2) Véase el tomo III, páginas 92-97.